

La Polémica (o "Diálogo") Cortázar-Heker

"Ni Héroes ni Mártires: Somos Gente Barrida Fuera y Aplastada Dentro"

Por LILIANA HEKER

II de IV partes

Y acá llegamos a una segunda cuestión que vale la pena señalar. La pagligencia con que Cortázar, que sí parece haber cortado de un tajo con nosotros, sobrevuela nuestra realidad cultural. Y si hay algo pero (escribe), es lo que podríamos llamar el exilio interior, puesto que la opresión, la censura y el miedo en nuestros países han aplastado "in situ" muchos jóvenes talentos cuyas primeras obras tanto prometían. Entre los años 55 y 70 yo recibía cantidad de libros y manuscritos de autores argentinos, que me llenaban de esperanza; hoy no sé nada de ellos, sobre todo de los que siguen en la Argentina".

IMPRECISIONES

Sólo me referiré a algunas imprecisiones de este párrafo. 1) Si se le preguntara a cualquier escritor argentino "in situ" y con un mínimo de lucidez, qué es lo que más lo aplasta en la actualidad, probablemente citaría en primer lugar la situación económica. Su respuesta sonaría menos patética que la enumeración antes consignada pero se acercaría más a nuestra realidad y, sobre todo, denunciaría un factor realmente efectivo de censura y de represión cultural. 2)

(2) "Yo puedo expresarme libremente", declaró hace poco Jorge Asís en un reportaje: "lo que no puedo es publicar". Esta respuesta es algo más que una frase ingeniosa: indica dónde se deben rastrear las causas del "apagón cultural" y sugiere la existencia de una obra que vienen haciendo los escritores en la Argentina, obra que trabajosamente ya está emergiendo y que quizás en algún momento constituirá el testimonio de la historia que nos tocó vivir. Una novela, o un cuento, o un poema, cuando valen, suelen durar más que los censores.

La censura en efecto, obstaculiza y reduce la difusión de obras literarias, aunque no creo que aplaste la creación literaria (2); en cuanto a la opresión y el miedo, no sólo nunca han conseguido aplastar la producción artística, sino que, le han otorgado un sentido y hasta han generado nuevas corrientes formales. ¿Qué muchas veces retardan y dificultan la difusión de una obra? Cierzo. Pero Cortázar no habla de la falta de éxito de los "talentos" sino de su rotundo y fatal aplastamiento; 3) El hecho de que Cortázar ya no recibía tanto libros y manuscritos de escritores argentinos noveles no indica, necesariamente, que los "jóvenes talentos" hayan sido aplastados por nada sino, tal vez, que ya no se les ocurre mandar sus manuscritos a París. Puedo intentar una explicación. En la década del '60 Cortázar era el acontecimiento literario más detonante de la época. La vez que más polémico —justamente porque vivía en París—. Para los que empezábamos a publicar entonces, era una especie de contemporáneo generacional, de amigo importante. Un escritor cercano, pese a la lejanía cronológica y física. Para la generación que empieza ahora, en cambio, es una especie de clásico; muy querido y admirado, pero clásico al fin. Ya no se lo discute; su obra ha decantado sola, y el Cortázar esencial que queda es una duda un maestro de la narrativa, pero no tan próximo como para que a alguien se le ocurra mandar un libro primerizo o un manuscrito. En cuanto a esos jóvenes talentos que en el 55 o el 60 llenaban a Cortázar de esperanza (¿Diveira no diría que lo "llenaban de esperanza", Cortázar?) ya no son tan jóvenes: una parte ha madurado literariamente, con las dificultades ya consignadas, va con-

figurando su obra. Otra parte, ni siquiera tenía verdadero talento. Suele suceder. Por otra parte la década del sesenta fue tan brillante, tan eufórica —para toda la literatura latinoamericana— que, en comparación, otra época literaria puede parecer opaca. Con malicia, también se podría preguntar qué fue de ese aluvión de obras espléndidas:

—Cien años de Soledad, Rayuela. La ciudad y los perros, El siglo de las luces, Las armas secretas, El entierro de la mamá grande, Conversación en la catedral—, que a los jóvenes talentos nos llenaban de esperanza en la década del sesenta. Por supuesto que toda esa fiesta tenía que ver con un fenómeno histórico que parecía extenderse por toda América. Pero, ¿qué hacemos los escritores, ciertos escritores, cuando el fenómeno se levanta? ¿Enmudecemos, hasta que vengan épocas mejores? ¿Cambiamos de país? ¿Agotamos nuestras palabras en lamentaciones por nosotros mismos? ¿O asumimos por fin, con los riesgos que implica, el poder modificador que, en épocas más propicias, solemos asignarle a la literatura?

EL DESGARRAMIENTO

La tercera cuestión que quiero señalar es cierta tendencia de Cortázar a generalizar y dramatizar excesivamente cuando se refiere al exilio de los intelectuales, y sobre todo, a su propio flamante rol de intelectual exiliado. "Creo que las condiciones están dadas entre nosotros, los escritores exiliados, para superar el desgarramiento, el desgarramiento que nos imponen las dictaduras! (...) El hecho está ahí: nos han expulsado de nuestras patrias (sic). En términos compulsivos y brutales (el exilio) tiene el mismo efecto que en otros tiempos se buscaba en América Latina con el famoso «viaje a Europa» de nuestros abuelos y nuestros padres. Lo que ahora se da como forzado era entonces una decisión voluntaria y gozosa (...). Ya no se trata de aprender de Europa, puesto que incluso podemos hacerlo lejos de ella (...) se trata sobre todo de indagar como individuos pertenecientes a pueblos latinoamericanos...". Súbitamente, Cortázar parece haber olvidado que él, hace veintiocho años que se fue a París, que su viaje a Europa no es demasiado diferente del que emprendieron "nuestros abuelos y nuestros padres", que no se fue "forzado" sino y que en estos veintiocho años repór "una decisión voluntaria", gresó una sola vez en calidad de escritor a nuestro país. Hechos, todos estos, que no desmerecen su obra literaria excepcional ni su opción afectiva (y a la distancia) por los movimientos progresistas de América Latina. Pero la desautorización como latinoamericano-brutalmente expulsado de su país en los últimos años.

RAZONES DEL EXODO

Creo que Cortázar se ha dejado llevar hasta la exageración por el valor emotivo de las palabras y, a medida que avanzaba en su artículo, se iba olvidando de algo que él mismo planteó al principio: lo que estaba tratando era "un problema de infinitas facetas". Si fuera válido el equivalente exiliado-expulsado que él mismo propone, sólo una mínima parte de los escritores argentinos en el extranjero entraría dentro de esa categoría. Un enfoque menos desgarrador pero más realista nos permite ver que el exodo de escritores argentinos obedece a razones diversas. Entre otras: 1) dificultades económicas y laborales (que, naturalmente, no afectan sólo a los escritores. 2) un problema editorial grave, que obstaculiza las tareas específicas del escritor, 3) una cuestión de aguda sensibilidad poética: sentir que él no puede soportar lo que sí soporta el pueblo argentino, 4) la búsqueda de una mayor repercusión o de una vida más agradable que ésta, 5) la búsqueda de un ámbito de mayor libertad.

Y es este último punto el único en que conviene detenerse, ya que plantea una cuestión de fondo.

EL AMBITO PROPICIO

La libertad, ¿no es el ámbito que le corresponde a un intelectual, a un creador? ¿No es el ámbito que necesita para desarrollar plenamente su pensamiento y su obra artística? Sin duda que sí. Las restricciones a esa libertad, entonces ¿no son una razón suficiente para que un escritor se sienta obligado a irse aun cuando nadie, explícitamente, lo expulse? Para responder a este interrogante puede considerarse según dos aspectos: el de la creación, y el del testimonio inmediato. En cuanto a la creación (independientemente del trámite posterior, y por supuesto que necesario, de la publicación), sólo el autor puede decidir cuál es el ámbito que necesita para su trabajo. Si le basta con la libertad de su pieza, si necesita una atmósfera cultural libre, si le hace falta oír su idioma y recorrer su barrio y palpar la realidad de su gente, o si por el contrario sólo a la distancia y a través de la nostalgia consigue testimoniar su mundo, esas son elecciones que, a priori, no son ni buenas ni malas. Turgueviev escribió su obra en París y Tolstoi nunca salió de Yasnaya Poliana Hemingway necesitó vivir los lugares. Cortázar recorda su Buenos Aires personal desde París. Rulfo quedarse en México. Sólo sus obras justificarán o no estas elecciones. Son elecciones egoístas, en el sentido unamuniano, que tienen que ver muy poco con el exilio político; no se explican sino por la paradójica condición egoísta del acto creador y sólo pueden ser juzgadas a partir de la obra que produce esa actitud egoísta. Si Gauguin hubiera sido un pintor mediocre, su famoso acto de libertad se hubiera transformado en una intrascendente callada de entrecasa.

Algo similar puede aplicarse a la obra de pensamiento a largo plazo, a la obra científica, sólo que en ese caso el "ámbito propicio" suele consistir en recursos materiales concretos que, con mucha más frecuencia que en el caso de la creación artística, vuelven necesario el exodo

POSIBILIDAD DE ELECCION

En cuanto al aspecto testimonial, en cuanto al ejercicio inmediato de la libertad que sólo tiene sentido en tanto actúa ahora y aquí sobre los otros, siempre está condicionado por esos otros. En una isla desierta yo puedo hacer un ejercicio total de mi libertad de expresión, puedo decir mi verdad sobre todo el mundo tal como la concibo, pero ¿para qué y para quién la digo? Y yendo a una situación menos extrema ¿qué sentido tiene, para un escritor nacional, testimoniar su verdad si no va a ser leída por aquellos, fundamentalmente sus compatriotas, para quienes esa verdad está destinada? La escritura como acto político necesita el receptor adecuado, no es un grito en el vacío ni tiene un valor absoluto: su valor es circunstancial y, por lo tanto, debe actuar inmersa en la circunstancia sobre la que pretende actuar. De modo que, en este caso, la búsqueda de un ámbito de mayor libertad de ninguna manera tendría un carácter compulsivo.

Esto no invalida la elección personal de un escritor de irse a vivir donde le parezca: y mucho menos niega el hecho de escritores que han debido irse sin posibilidad de elección. Simplemente intenta desvirtuar ciertas generalizaciones que nos están transformando en extraños para nosotros mismos y que nos imponen una realidad estática y aplastante.

NI HEROES NI MARTIRES

No somos héroes ni mártires. Ni los de acá ni los de allá. El alejamiento, la permanencia en el propio país, en sí mismos carecen de valor ético. Los "esfuerzos que los sufridos intelectuales llevan a cabo para mejorar un aspecto de la Argentina", de que habla Marta Lynch en "El duro oficio de ser Argentinos" (Clarín, Cultura y Nación, 2 de agosto de 1979) también son una bonita generalización, una manera retórica de justificarnos, en montón. Se puede ser un traidor adentro o afuera, un gran escritor en el propio país o en el extranjero. Se puede asumir una perspectiva nacional aun en el exilio y escribir desde la torre de marfil del propio suelo. Qué hizo, qué hace un escritor con sus palabras, esa es la cuestión última.

Ya sabemos que no estamos en el mejor de los mundos. Que muera o se silencie un solo hombre, aquí o en cualquier lugar del mundo, sin que nadie responda por su libertad y por su vida, ya es un hecho de tanto peso como para que signe cada una de nuestras palabras y de nuestros actos. Pero no aceptamos que se lo transforme en nuestro símbolo. Porque eso sería aceptar como símbolo la muerte. Y a nosotros acá, nos toca hacer aquello que Cortázar, ahora sí con toda su lucidez de escritor, recomienda a los latinoamericanos residentes en Europa: sumergirnos en nuestra situación y volverla un hecho positivo. No aceptamos, de París, la moda de nuestra muerte. Es la vida, nuestra vida, y el deber de vivirla en libertad lo que nos toca defender. Por eso nos quedamos acá, y por eso escribimos.

de esperanza; hoy no sé nada de ellos, sobre todo de los que siguen en la Argentina".

IMPRECISIONES

Sólo me referiré a algunas imprecisiones de este párrafo. 1) Si se le preguntara a cualquier escritor argentino "in situ" y con un mínimo de lucidez, qué es lo que más lo aplasta en la actualidad, probablemente citaría en primer lugar la situación económica. Su respuesta sonaría menos patética que la enumeración antes consignada pero se acercaría más a nuestra realidad y, sobre todo, denunciaría un factor realmente efectivo de censura y de represión cultural. 2)

(2) "Yo puedo expresarme libremente", declaró hace poco Jorge Asís en un reportaje; "lo que no puedo es publicar". Esta respuesta es algo más que una frase ingeniosa: indica dónde se deben rastrear las causas del "apagón cultural" y sugiere la existencia de una obra que vienen haciendo los escritores en la Argentina, obra que trabajosamente ya está emergiendo y que quizás en algún momento constituirá el testimonio de la historia que nos tocó vivir. Una novela, o un cuento, o un poema, cuando valen, suelen durar más que los censores.

La censura en efecto, obstaculiza y reduce la difusión de obras literarias, aunque no creo que aplaste la creación literaria (2); en cuanto a la opresión y el miedo, no sólo nunca han conseguido aplastar la producción artística, sino que, le han otorgado un sentido y hasta han generado nuevas corrientes formales. ¿Qué muchas veces retardan y dificultan la difusión de una obra? Ciertamente. Pero Cortázar no habla de la falta de éxito de los "talentos" sino de su rotundo y fatal aplastamiento; 3) El hecho de que Cortázar ya no reciba tanto libros y manuscritos de escritores argentinos noveles no indica, necesariamente, que los "jóvenes talentos" hayan sido aplastados por nada sino, tal vez, que ya no se les ocurre mandar sus manuscritos a París. Puedo intentar una explicación. En la década del sesenta Cortázar era el acontecimiento literario más detonante de la época, y a la vez el más polémico — justamente, porque vivía en París—. Para los que empezábamos a publicar entonces, era una especie de contemporáneo generacional, de amigo importante. Un escritor cercano, pese a la lejanía cronológica y física. Para la generación que empieza ahora, en cambio, es una especie de clásico; muy querido y admirado, pero clásico al fin. Ya no se lo discute; su obra ha decantado sola, y él Cortázar esencial que queda es ya sólo un maestro de la narrativa, pero no tan próximo como para que a alguien se le ocurra mandar un libro primerizo o un manuscrito. En cuanto a esos jóvenes talentos que en el 55 o el 60 llenaban a Cortázar de esperanza (¿Dónde no diría que lo "llenaban de esperanza", Cortázar?) ya no son tan jóvenes: una parte ha madurado literariamente y, con las dificultades ya consignadas, va con-

que vez con un renombre histórico que parecía extenderse por toda América. Pero, ¿qué hacemos los escritores, ciertos escritores, cuando el fenómeno se revierte? ¿Enmudecemos, hasta que vengan épocas mejores? ¿Cambiamos de país? ¿Agotamos nuestras palabras en lamentaciones por nosotros mismos? ¿O asumimos por fin, con los riesgos que implica, el poder modificador que, en épocas más propicias, solemos asignarle a la literatura?

EL DESGARRAMIENTO

La tercera cuestión que quiero señalar es cierta tendencia de Cortázar a generalizar y dramatizar excesivamente cuando se refiere al exilio de los intelectuales, y sobre todo, a su propio flamante rol de intelectual exilado. "Creo que las condiciones están dadas entre nosotros, los escritores exilados, para superar el desgarramiento, el desgarramiento que nos imponen las dictaduras! (...) El hecho está ahí: nos han expulsado de nuestras patrias (sic). En términos compulsivos y brutales (el exilio) tiene el mismo efecto que en otros tiempos se buscaba en América Latina con el famoso «viaje a Europa» de nuestros abuelos y nuestros padres. Lo que ahora se da como forzado era entonces una decisión voluntaria y gozosa (...). Ya no se trata de aprender de Europa, puesto que incluso podemos hacerlo lejos de ella (...) se trata sobre todo de indagarnos como individuos pertenecientes a pueblos latinoamericanos...". Súbitamente, Cortázar parece haber olvidado que él, hace veintiocho años que se fue a París, que su viaje a Europa no es demasiado diferente del que emprendieron "nuestros abuelos y nuestros padres", que no se fue "forzado" sino y que en estos veintiocho años reprobó una sola vez en calidad de escritor a nuestro país. Hechos, todos estos, que no desmerecen su obra literaria excepcional ni su opción afectiva (y a la distancia) por los movimientos progresistas de América Latina. Pero la desautorización como latinoamericano-brutalmente-expulsado-de-su-país-en-los-últimos-años.

RAZONES DEL EXODO

Creo que Cortázar se ha dejado llevar hasta la exageración por el valor emotivo de las palabras y, a medida que avanzaba en su artículo, se iba olvidando de algo que él mismo planteó al principio: lo que estaba tratando era "un problema de infinitas facetas". Si fuera válido el equivalente exilado-expulsado que él mismo propone, sólo una mínima parte de los escritores argentinos en el extranjero entraría dentro de esa categoría. Un enfoque menos desgarrador pero más realista nos permite ver que el éxodo de escritores argentinos obedece a razones diversas. Entre otras: 1) dificultades económicas y laborales (que, naturalmente, no afectan sólo a los escritores. 2) un problema editorial grave, que obstaculiza las tareas específicas del escritor. 3) una cuestión de aguda sensibilidad poética: sentir que él no puede soportar lo que sí soporta el pueblo argentino. 4) la búsqueda de una mayor repercusión o de una vida más agradable que ésta. 5) la búsqueda de un ámbito de mayor libertad.

Y es este último punto el único en que conviene detenerse, ya que plantea una cuestión de fondo.

libertad de expresión, puedo decir mi verdad sobre todo el mundo tal como la concibo, pero ¿para qué y para quién la digo? Y yendo a una situación menos extrema ¿qué sentido tiene, para un escritor nacional, testimoniar su verdad si no va a ser leída por aquellos, fundamentalmente sus compatriotas, para quienes esa verdad está destinada? La escritura como acto político necesita el receptor adecuado, no es un grito en el vacío ni tiene un valor absoluto: su valor es circunstancial y, por lo tanto, debe actuar inmersa en la circunstancia sobre la que pretende actuar. De modo que, en este caso, la búsqueda de un ámbito de mayor libertad de ninguna manera tendría un carácter compulsivo.

Esto no invalida la elección personal de un escritor de irse a vivir donde le parezca; y mucho menos niega el hecho de escritores que han debido irse sin posibilidad de elección. Simplemente intenta desvirtuar ciertas generalizaciones que nos están transformando en extraños para nosotros mismos y que nos imponen una realidad estática y aplastante.

NI HEROES NI MARTIRES

No somos héroes ni mártires. Ni los de acá ni los de allá. El alejamiento, la permanencia en el propio país, en sí mismos carecen de valor ético. Los "esfuerzos que los sufridos intelectuales llevan a cabo para mejorar un aspecto de la Argentina", de que habla Marta Lynch en *El duro oficio de ser argentinos* (Clarín, Cultura y Nación, 2 de agosto de 1979) también son una bonita generalización, una manera retórica de justificarnos, en montón. Se puede ser un traidor adentro o afuera un gran escritor en el propio país o en el extranjero. Se puede asumir una perspectiva nacional aun en el exilio y escribir desde la torre de marfil del propio suelo. Qué hizo, qué hace un escritor con sus palabras, esa es la cuestión última.

Ya sabemos que no estamos en el mejor de los mundos. Que muera o se silencie un solo hombre, aquí o en cualquier lugar del mundo, sin que nadie responda por su libertad y por su vida, ya es un hecho de tanto peso como para que signe cada una de nuestras palabras y de nuestros actos. Pero no aceptamos que se lo transforme en nuestro símbolo. Porque eso sería aceptar como símbolo la muerte. Y a nosotros acá, nos toca hacer aquello que Cortázar, ahora sí con toda su lucidez de escritor, recomienda a los latinoamericanos residentes en Europa: sumergirnos en nuestra situación y volvería un hecho positivo. No aceptamos, de París, la moda de nuestra muerte. Es la vida, nuestra vida, y el deber de vivirla en libertad lo que nos toca defender. Por eso nos quedamos acá, y por eso escribimos.